

EL TIPOGRAFO

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA MONTEVIDEANA

Montevideo, Mayo 14 de 1892

PERIÓDICO QUINCENAL

Año X — Número 206

ADMINISTRACIÓN: FLORIDA 209 (altos)

Suscripción voluntaria

Administrador: MANUEL DEL PUERTO

SECCIÓN OFICIAL

Suscripción á «El Tipógrafo»

(Mes de Abril)

LIBRERÍA — De Vázquez Cores y Montes,
\$ 1.00.

EL SIGLO — J. Ferreira, \$ 0.20; A. Silva, 0.30; J. Domenech, 0.20; I. Madriaga, 0.20; A. Vidal, 0.20; R. Bermúdez, 0.40; M. Barros, 0.20; S. Arrón, 0.20; T. Silva, 0.20; E. Posada, 0.10; J. L. Bregua, 0.20; L. Astorga, 0.10; R. Vázquez, 0.20; José Cao, 0.10; A. Gámbaro, 0.20; J. J. Castro, 0.20; J. Villaverde, 0.10; D. Costa, 0.20; M. Pazos, 0.10; D. Dornaleche, 0.10; R. Baldizzone, 0.20; J. Alvarez, 0.20; E. Gerner, 0.10; S. Montoro, 0.10; C. Finochetti, 0.10; A. Miguens, 0.20; Juan Cao, 0.10; M. de la Fuente, 0.10; J. Iglesias, 0.10; A. Spinzio, 1.00. — Total: \$ 5.90.

EL BIEN — C. Bermejo, \$ 0.40; A. Grané, 0.20; J. M. Berro, 0.20; A. Rodríguez, 0.20; L. Devoto, 0.20; C. Cortés, 0.20; P. Lista, 0.20; M. Tejado, 0.20; J. Telechea, 0.20; J. Morales, 0.10; A. Lista, 0.10; R. Anido, 0.10. — Total: \$ 2.30.

LITOGRAFÍA ORIENTAL — F. Portell, \$ 0.20; F. Andraud, 0.20. — Total: \$ 0.40.

LA TRIBUNA POPULAR — P. Acuña, \$ 0.10; J. Perduca, 0.10; J. Rossi, 0.10; J. Fernández, 0.10; A. Romay, 0.10; J. Baliñas, 0.10; A. Algíbar, 0.10; J. M. Rey, 0.20; A. Fernández, 0.10; C. Outeda, 0.10; J. Porta, 0.10; J. Rey, 0.10; M. Arduino, 0.10; M. Lens, 0.10; L. Lavié, 0.10; S. Ponti, 0.30. — Total: \$ 1.90.

EL TIPOGRAFO

Un interview

En vista de los rumores que acerca del cambio ó transformación que dentro de breves días debía ocurrir en la imprenta de *La Razón*, quisimos tener una entrevista con un compañero nuestro á quien suponíamos, con fundamento, interiorizado.

«¿Eh, pues, nos apersonamos, tratando de inquirir lo que hubiera de verdad.

Nos recibió muy atentamente; no le diji-

mos de pronto el objeto que nos llevaba, por temor de que se encerrase en una reserva que no convenía á nuestras miras.

Quizás al leer las presentes líneas, se arrepienta de su franqueza y nos tache de indiscretos, pero, ¿qué le hemos de hacer!

Después de hablar largamente de la crítica situación por que atraviesa el gremio en estos momentos, teniendo que sufrir en unas la morosidad en el pago y en otras el gran exceso de trabajo, conducimos la conversación al terreno que deseábamos.

— ¿Y qué sabe usted de *La Razón*?

— Sé que se han presentado con un presupuesto.

— ¿Y cuál es su opinión á este respecto?

— Mi opinión ya la sabe usted: yo siempre he sido enemigo de los que presentan presupuestos, porque me parece que nada se logra con eso, sino que, por el contrario, se perjudica al obrero, ya sea rebajándole sus ya hoy mermados sueldos ó sino haciéndole trabajar con exceso.

— Pero el señor Deleón, según lo afirmó el señor Felipe Esparza en *EL TIPOGRAFO*, tiene las dos ediciones por un tanto.

— Eso también es otra de las cosas que yo condeno. Por muy buenos sentimientos que uno posea, la idea del lucro lo pervierte, le hace olvidar, no de un modo vago, sino para siempre, las penurias de sus hermanos de labor. He condenado y creo que para usted no es un misterio que, cuando estuve durante varios años en Buenos Aires, condené enérgicamente la ambición de nuestros compañeros Ferreyra, Robles y otros que únicamente la cifraban en tomar los diarios por un tanto.

Bueno sería, amigo mío, que hoy que usted está desempeñando un puesto de redactor en el órgano de los tipógrafos, se preocupara de eso é hiciera comprender lo pernicioso de ese método, no sólo para los patrones sino también para los obreros ambiciosos.

— Esa es una tarea muy ardua para mí. Usted, que está más al corriente del asunto, es quien debería iniciarla, para lo cual le ofrezco desde ya el espacio que me corresponde en *EL TIPOGRAFO*.

— Le agradezco su ofrecimiento, amigo mío; y no crea que es un desaire que le hago, no. Hace mucho tiempo que he jurado no escribir una sólo línea ni en pro ni en contra de mis compañeros.

— ¿Y á qué se debe ese retraimiento que usted se ha impuesto voluntariamente?

— ¿Á qué? Á que estoy convencido que la mayoría del gremio la componen ingratos, que no saben valorizar los esfuerzos que algunos hacen en beneficio de ellos. Si al menos, ya que no ayudan, no pusieran obstáculos á todos los alientos nobles y progresistas que se inician, menos mal; pero es al contrario: cuanto mal pueden hacer por desviarle la marcha progresista á los que se convierten á favor de la sana propaganda, pierda usted cuidado que no desperdician la ocasión.

— ¿Y á qué cree usted que se debe esto?

— Hay muchas causas que concurren á esta despreocupación por todas las cosas sociales. Primero tiene usted la enorme caterva de aprendices de que están invadidas las imprentas; muchachos que no saben ni lo que leen; luego tiene usted cierta falta de instrucción en el gremio, y esta es lo que, ofuscando su entendimiento, no les deja comprender la necesidad de la asociación, una de las grandes victorias que ha alcanzado la clase obrera; que sin la asociación el pauperismo hubiera invadido completamente todos los rincones de la tierra; sin la asociación el obrero jamás pasaría de la categoría de un autómatas ó de la calidad de bestia de carga; sin la asociación quedaría siempre sumido en la esclavitud. Créame, amigo, el obrero que se asocia á otro y trabajan unidos, aunque sean únicamente dos, tienen mucha más fuerza moral y material que diez que trabajan aisladamente y separados por rencillas que jamás debieran existir entre los parias de la fortuna.

— ¿Y qué medios cree usted que se podrían tentar para lograr esa apetecida unión?

— Por ahora ninguno: ella debe venir por sí sola: la necesidad y la miseria, que tiene cara de hereje, han de ser la que obliguen, quizás no en día lejano, á unirse. Usted, que es joven, quizás alcance á verlo. Llegará el día en que, agobiados al pie del yunque del trabajo diario, donde los harán trabajar 12 ó 14 horas, comprenderán entonces la necesidad de asociarse, de aunar esfuerzos; y la Sociedad, que ya habrá desaparecido desamparada por completo, no existirá y entonces y sólo únicamente entonces echarán de menos esa institución digna por todos conceptos de ayuda.

— Es verdad todo lo que usted dice, pero esto no lo quiere comprender nadie.

— Peor para ellos.

— ¿Cree usted que saliendo Deleón me-

jorarán las condiciones del obrero en *La Razón*?

— No lo creo, ni es lógicamente posible crearlo. Si para lograr sacárselo á Deleón es necesario hacerlo más barato, ¿cómo es posible pagar los mismos sueldos? — Esto lo comprende cualquiera. Supongamos que el actual regente gane un sueldo de un ministro — esto es sólo una comparación — y que la rebaja se haga en ese sueldo; pues bien, sabiéndolo él, se reduce á un sueldo razonable — que es el que en realidad debería ganarse; el otro, vista esta rebaja, por no perder su propuesta, ya que metido está en el negocio, rebaja más. ¿De dónde sale esta rebaja? — Ó de los sueldos ó de la supresión de uno ó algunos operarios.

— Puede ser que los nuevos proponentes tengan algún proyecto de reformas que redunde en beneficio de los obreros.

— No creo: ¿usted no sabe á cuánto alcanza el presupuesto actual?

— No señor.

— Pues yo le diré — no lo aseguro, pero me parece — que anda al rededor de 1450 pesos mensuales.

— ¿Una edición?

— No, las dos: y en ello comprendido el departamento de la máquina; si viene otro, aunque sea llamado por el señor administrador, que es así como tengo entendido que sucede en el caso presente, tiene que hacerlo por menos precio, y... pagando menos, de alguna parte han de salir las economías.

— Estoy conforme con usted. Y ahora, pasando á otra cosa, ¿ha leído usted EL TIPÓGRAFO cuando se suscitó la cuestión Esparza-Deleón?

— No, no lo he leído, pero según tengo oído, esas cuestiones jamás debían suscitarse ni darles cabida en las columnas de ningún periódico. Son perniciosas, no logran alcanzar más que el éxito del momento, y luego dejan en el ánimo de ambos combatientes un rencor que tarda mucho en desaparecer. Usted me concederá esta pregunta: ¿Qué gana con ello la Sociedad? ¿Qué de esa manera se demuestran los malos actos que á favor del mando que tienen cometen algunos? Perfectamente, en eso le concedo razón, en lo demás no.

— Sin embargo, en ella el señor Esparza da á conocer muchas cosas desconocidas y que han de haberle levantado alguna roncha.

— Convengo, y ¿sabe usted qué es lo que ha logrado con eso? — levantar entre ambos una muralla que ni la que circunda todo el Japón es más ancha; ¿sabe usted quienes son los gananciosos con esto? Los patronos.

— Creo que usted está en lo cierto; mas, sin embargo, creo que siempre es necesario dar á conocer á los demás los malos actos; puesto que de esa manera se pone, si no un freno que detenga de una vez por todas

esos pujos de autoridad, al menos les hace pensar algo antes de cometer una nueva heroicidad.

— Sí, sí, ya conozco sus ideas á ese respecto; pero que le va á hacer usted, para que todos marcharan como es debido habría necesidad de volver á fundir en molde especial á toda la humanidad; créame usted sino hubiera malos y buenos, no sería mundo; todos seríamos benditos de Dios, y la única travesura que haríamos sería dejarnos correr la baba. Usted tiene buenas ideas, no carece de ilustración.

— No, señor, eso de ilustración, es favor que usted me hace.

— No, aquí no hay lisonja; usted tiene ilustración, lo que nadie puede negárselo, pero ha dejado en el saco del olvido aquel dicho de un gran escritor español. ¿No lo recuerda usted?

— No, señor.

— Pues, es: «que el reformar es sueño de sabios» y el que en esa empresa se empeña, le sucede como al divino Redentor, que muere crucificado. Afánese usted; póngase en abierta lucha con el propietario, abogue continuamente por el bienestar de sus compañeros: ¿quién es el ganancioso? ¿Usted? ¿Sus compañeros? ¿El propietario? Usted es el que se hace mal ver; no faltarán compañeros que murmuren y encuentren en todos sus escritos más faltas que borrones echa un niño en sus planas; el propietario, aunque aparentemente hace caso omiso de lo que en el diario dicen respecto á su establecimiento, inquiere bajo cuerda quién es el autor, y como nunca falta quien se preste á hacer el Galeoto, lo sabe. Desde ese instante es usted mirado con cierta prevención, y no quedará sosegado el dueño hasta que no se vea libre de usted, que él cree que es su pesadilla. Si, como es verdad, con su denuncia justa se corrige un mal que existe, no será usted, por cierto, quien resulte beneficiado; no, porque usted será despedido, y quien goza de lo que exclusivamente y por ley natural le corresponde, son otros, que, aun comprendiendo el sacrificio hecho por usted, no se acuerdan, una vez que no actúe en el taller. El credo predominante hoy en todas las tipografías es el exclusivismo, y si les agradan las castañas, tratan siempre de sacarlas por mano ajena.

— Veo, amigo mío, que sus palabras vienen á ser un saco de verdades.

— No le admito la calificación de sabiendo ni de profeta.

— Tampoco he querido adjudicárselas, por lo cual no veo el motivo porque usted abre su paraguas.

— Por prevención; y usted sabe el dicho que hombre prevenido nunca fué vencido.

— Después de saludarle nos retiramos y

empezamos á trasladar al papel, lo más fielmente posible, las palabras de ese viejo tipógrafo, hoy militando en las filas pasivas.

¿Hemos cometido una indiscreción ó una infidelidad al dar á la publicidad sus francas opiniones? — Perdónenos el amigo — y aquí cabe un bombito — como periodistas estamos en la obligación de inquirir y dar á conocer las opiniones de hombres que nos parece gozan de simpatías y poseen un criterio sano y elevado.

SILEX.

La mejor tarea

Estamos ya en la antesala de la nueva época, si por extensión podemos así llamar á la Junta Directiva que ha de nombrarse en todo el mes actual, según lo prescripto terminantemente en los estatutos de la Sociedad Tipográfica Montevideana.

En medio del terrible caos de una Sociedad benéfica como la que aquí me ocupa, cuando una gran parte de sus miembros, inspirándose en un fatalismo aterrador, se mergen en el abismo del no ser, esa institución feliz ayer y amada por los buenos siempre, se precisan, indudablemente, hombres de poderosa acción y energía que, despertando el titánico espíritu de iniciación en aquellos compañeros de causa, especie de risibles autómatas que sólo retratan el reflejo del movimiento impulsivo, y eso aun por el sólo hecho de hallarse socialmente unidos á los prohombres de la acción y de la idea, impriman vigor y fortaleza á la exangüe Sociedad, que con la calma de una agonía horrible y fatal, va desapareciendo del imperio de las instituciones de mutuo auxilio, pese á aquellos entusiastas y nobles elementos que tanto se han esforzado por sacarla de las mantillas y elevarla á la categoría de matrona social y de madre común del tipógrafo montevideano.

La Sociedad á que me refiero, es víctima de tremendos cataclismos, como nadie se atreverá á negarlo. La menguada obra del fariseísmo social, que es peor, si cabe, en este género de instituciones que la langosta que cae sobre los campos, pesa sobre ella como una eterna maldición, algo como la bíblica del judío errante. Las bastardas ideas, el ateísmo social y la profanación de todo lo sagrado y santo que en dicha Sociedad imperaba en tiempos más felices para ella, han horadado y aun socavado los robustos cimientos de la misma, y hoy sólo reina en el seno de aquella institución el desbarajuste absoluto y la confusión babilónica, como tampoco nadie se atreverá á ponerlo un momento en duda.

En tan tristes circunstancias, es indubitable que sólo cabe la experimentada acción de los miembros que han actuado en distin-

tas épocas. La práctica, mancomunada con el buen criterio social, pesa en la balanza de los experimentos entecos é inconscientes, mucho más sin duda alguna que los sesgos de los novatos y visos, que ávidos de innovaciones y de trastrocamientos, no aciertan, en su ninguna experiencia, con el método eficazísimo ni con la robusta base fundamental, en que pudiera tranquilamente descansar el sano y mutuo esfuerzo posterior de todos los miembros que esperan confiados la protección de la madre común, que tanto les quiere y ama.

La filosofía social más procedente y progresista y aun el anhelado substratum de todos los favores y recompensas de la apreciadísima institución, sólo podrán ser propiedad intelectual de los viejos maestros que han dirigido ya la marcha de la Tipográfica Montevideana. Ellos, y sólo ellos, condensan en sí el importantísimo caudal de la experiencia y de la lógica práctica, que es el único que se puede y debe utilizar en medio de la terrible borrasca social en que la mencionada Sociedad actualmente se agita. La situación peligrosísima de ésta, que es uno de tantos fenómenos como surgen en la vida de las instituciones, de cualquier índole que sean, al contrariarse la naturaleza de las mismas, nadie puede despejarla, á no ser aquellos corifeos avezados á estas tristísimas hecatombes y á discurrir, basados en principios y reglas de razón pura, el remedio de las mismas, porque es indeclinable, y valga la metáfora de lo que voy á sentar, que si el buen piloto no dirige la nave, en tormentosos días oceánicos, al ansiado puerto de salvación, muy mal puede hacerlo el inexperto grumete, que sólo sabe aferrar el sobre y cazar las gaviotas al buque que se mueve en medio del fatal é inminente peligro que le rodea.

Por otra parte, y esto es lo que con preferencia cabía en mi intención al dar principio á este artículo, mucho, pero muy mucho, puede estimarse la tarea noble de la nueva Directiva, si con sus cavilaciones, ideas, maduros exámenes, múltiples elucubraciones y sanas reglas sociales, consigue poner fin á tantos males, enderezar el árbol precioso, cuya benéfica sombra puede cobijar á todos mañana, y conducir por segura senda, en donde no precise extraño báculo para su apoyo, la institución que tan víctima ha sido del judaísmo inconsciente de los *ortodoxos* de todas las épocas más nefandas de la historia universal. Es indiscutible que en la mente de todos los miembros impera la idea de que el problema, cuya *X* complejísima se persigue, carece en absoluto de términos claros y precisos que favorezcan de pronto la conclusión que le es propia. Parece algo así como un extraño teorema, cuya demostración resulta siempre torpe y negativa; pero por esta misma razón si el sesgo

que se impone, produce los resultados apetecidos, mucho más dignos de loa y de eterna alabanza son, ante la historia de la Sociedad tantas veces citada, los miembros que tengan la envidiable fortuna de llevar á cabo la gigantesca obra que en aquella irremisiblemente hoy se impone.

Estúdiense concienzudamente el carácter y la idiosincracia de los rebeldes, examínense y púrguense las causas y concausas que trajeron este desdichado estado de cosas actual, búsquense los términos incognoscibles del oscurísimo problema que oculta en su seno, como la burda concha la hermosísima perla, el talismán regenerador tan deseado y la historia que se vaya escribiendo en la mente de todos, reservará así indefectiblemente una gloriosísima página social á los carísimos titanes y envidiables arquitectos de la sublime reconstrucción que en la Sociedad idolatrada se practique.

DOMINGO L. MARTÍNEZ.

La Imprenta

Por dónde empezar? Aquí no hay principio, no hay más que hermosa confusión y desorden admirable. Palancas, ruedas, tipos, cilindros, pedazos de plomo, de madera, de hierro, manchado de tinta, de grasa, que retratan maravillosamente la confusión del pensamiento y el injusto desorden social.

Allá arriba, en elevado puesto, tosca rueda regula el movimiento de las máquinas, delicadamente construídas. De su correa penden los finos tornillos, las relucientes barras, las mil pequeñas piezas, dispuestas en complicado mecanismo. La rueda es un tirano, la correa es su látigo.

Ved cómo dividen el papel en láminas de diversos tamaños, con aquella gran cuchilla, guillotina creadora, cuyo afilado tajo mantiene viva y constante la producción de blancas hostias que encerrarán el pan eucarístico de la inteligencia. Y esas formas son muchas, porque la humanidad está cada día más hambrienta.

Amontonados, revueltos y cubiertos de polvo, letras, puntos, líneas, signos y espacios, esperan la mano ordenadora del tipógrafo. Soldados, cuya consigna es la disciplina absoluta, prontos están á destrozar una reputación, ó á castigar un crimen; lo mismo saben conceder una corona al mérito, que ofrecer sacrificios en los altares de un idiota ó de un malvado.

Sencillos éstos, adornados pomposamente aquéllos, todos cumplen á maravilla su destino: esos, de forma simple y austera, compondrán el libro bienhechor, el verso delicado y sonoro, la ley justiciera; los otros pondrán su lujo pedantesco al servicio del anuncio de licores, hablarán del som-

brero á la moda, de los excelentes manjares de un hotel, y aun, en raras ocasiones, su compañía prestará falsa honra á un título conferido en gracia de ignorados méritos.

Ahí están, aguardando la hora del trabajo. Suena, y el cajista, con mano despiadada, los aprisiona en el componedor, los prensa, los estrecha, los aprieta, hasta dejarlos inmóviles. ¡Ay de aquél que horrorizado del empleo á que lo destinan, se muestre rebelde y esconda avergonzado la cabeza! . . . Bien caro pagará sus escrúpulos, por que las pinzas, las terribles pinzas, le obligarán á ocupar su puesto, y rendido, humillado, irá con los demás esclavos á cumplir la voluntad de su amo.

Concluída la obra, vuelven á sus casillas, separados por algún inexperto aprendiz. Cayó uno, ahí se queda — soldado muerto en la pelea — la escoba le hará los últimos honores.

Mirad allá al prensista: en su mano tiene la hoja tersa; déjala caer sobre la plataforma, como una piedra lanzada á un abismo. Pobre hoja! ¡pobre! se agita, tiembla, como si presintiera su destino; pero en vano: corre arrastrada por fuerza irresistible; agárrala el cilindro, la lleva consigo, ocúltala un momento en su vientre para darle alma, y luego, la rechaza, la empuja y la arroja con desprecio sobre la tabla que la espera. Ya ha nacido, ya entró en el torbellino del mundo á recibir alabanzas y censuras, elogios y maldiciones, como si no fuera inocente de llevar sobre ella la luz ó la sombra. Y en tanto, el prensista indiferente prosigue su tarea de padre desnaturalizado, criando hijos para abandonarlos al vaivén de la suerte.

Aquí está el hombre-estátua; tiene colgado al cuello largo mandil que le libra de la suciedad. Sereno, impassible, ordena con habilidad extraordinaria sus legiones de letras. De repente una sonrisa contrae ligeramente sus labios: están componiendo disparates que hacen asomar la burla á su semblante; pero no se detiene. Otras veces su frente se nubla: acaba de leer la palabra injuriosa ó rastro; pero no protesta, y si acaso siente agitarse una maldición en su alma, la encadena, para que no venga á interrumpir su trabajo. El suelto chocarrero, el gracioso epigrama, el asqueroso pasquín y la candente sátira, todo pasa por las manos, por el corazón y por el pensamiento del tipógrafo, sin dejar ni un borrón ni una sombra, porque tiene también un delantar para librarse de las inmundicias morales: su conciencia.

Nadie aquí atiende á los demás; es una tormentosa existencia. Los volantes giran, las palancas corren, el molde choca con la plancha, los resortes se estiran y contraen violentamente; y llaves y tornillos y resortes y barras se rozan, se encuentran, se gol-

pean, se retuercen, produciendo chirridos que semejan gritos de dolor ó de rabia, arrancados por tanta sacudida.

Y de tanta confusión, de tanto choque, de tanto desorden, nace la palabra, águila que conduce sobre sus alas el pensamiento.

ALBERTO MASFERRER.

San Salvador, Marzo de 1891.

Nocturno

(MACANA HUMORÍSTICA)

¡Noche! ¡Qué oscura estás! Y cuántos mosquitos e *altri insecti pichini* turban mi delicioso sueño!

Eolo! amigo cariñoso (según las crónicas, pues jamás he tenido la satisfacción de estrechar su mano) ven á mí, préstame tu hálito potente para librarme de toda esta cáfila de dípteros.

¿No me escuchas? ¿Te haces sordo á mis clamores? — Tienes, por ventura, obstruída la trompa de Eustaquio? No lo creo, ven á mí, que aunque somos de diferente *parentela*, nos unen los *lazos* imprescindibles del árbol genealógico de nuestro bendito (y pecable por añadidura y culpa de la costilla sacada á mansalva por el Creador) padre Adán.

No; si el silencio llama á la meditación, no despliegues tu manto oscuro, noche sombría, extiende sin temor tu negra púrpura y apaga las rutilantes estrellas que tachonan el firmamento.

Ven á mí sin temor, no guardes en tu seno duda alguna; y como astro protector, como amiga fiel del silencio, sé tú, mi sibila; sé tú, cual otro Jonás que pronosticó — después de haber sido tragado y vuelto á vomitar por un enorme pescado, según las sagradas escrituras — la destrucción de Ninive; dime, aunque sea á *la oreja*, lo que piensas de la situación del obrero tipográfico hoy en día?

Ven: no rehuyas mi súplica; sé cariñosa, y aunque negros nubarrones ennegrezcan el horizonte — que claro deba verse — rompe audaz con un relámpago de luz, como el bravío mar rompe sin temor el dique que á su furia pone la soberbia indómita del hombre.

Tú, que tantas acciones buenas, y nobles en tu oscuro manto encubres, como también ocultas pródiga, los nefandos crímenes que horrorizan á la sociedad; deja, ese negro velo que te hace hórrida y lúgubre, y sin temor comparece ante mí y como buena compañera, cuéntame al calor de la intimidad tus cuitas y tus pensamientos.

No te hagas remisa, noche amiga: la brisa es callada como un cadáver: sólo tu

eco se perderá en la solitaria y umbrosa alameda del olvido: ¿quién sino los recuerdos — si acaso oyen tu razonada plática — podrán conocer tus opiniones?

Ven á mí, y en esta caverna donde la calma apacible sentó sus reales, donde el eco del mundanal ruido y de la vocinglería se pierde, sé franca, no me ocultes nada; sé verídica, aunque amargues mi alma, aunque me hagas perder todo mi entusiasmo juvenil y ardoroso, no te detengas.

No me ocultes el caos que existe, — sí, sí, ya lo sé — y ese caos que es infinito y que cada día se va horadando más, sí, yo lo sé; no me ocultes que si hoy el gremio se encuentra en el estado en que se halla, ganando un mísero sueldo y trabajando á la par de un garañón, es debido á la poca unión que existe. No, eso no me lo digas; si ya yo lo he palpado. No me digas que si el gremio se encuentra en la posición que se ha estacionado es debido á su propia apatía, á su desamor á todo lo que atañe á él, no, no me lo digas porque lo sé. Tampoco me vengas con dosis homeopáticas de resignación disculpando á los retraídos, porque esos, discúlpame, ¡oh diosa de las tinieblas! tendrán la muerte de Absolón, que queriendo escaparse de ella, la encontró enredándose los abundantes y sedosos cabellos en un corpulento árbol.

No: cuéntame sin vacilaciones la causa principal de todo esto; cuéntame el porqué de ese retraimiento; cuéntame cómo es posible que el oscurantismo cierna sus alas sobre los obreros del progreso, sobre este núcleo de obreros que son los soldados de la vanguardia de la civilización; cuéntame porqué cierran sus ojos y porqué se tapan sus oídos á las estridentes notas arrancadas al clarín de la unión y de la fraternidad, cuéntame ¡oh noche sombría! los sentimientos que abrigan en su seno esos compañeros?

No me lo dices? Te callas? No importa: la aurora con sus tintes claros, con su luz tenue de arrebol ya asoma; ella me lo dirá.

Tú, por egoísta, tendrás que cederle tu puesto, y ella aclamada por los melodiosos trinos de los ruiseñores, con su faz sonriente, vendrá á mí á aclarar lo que tú no quieres decirme.

Ya llega: ¡Oh aurora! ¿dime?

— Á ver si te levantas que son las 8 menos cuarto y vas á trabajar. haragán! . . .

(Esta es la voz de una vieja, tía mía, que tiene la avilantez de cortar mi sueño.

Por que, la verdad sea dicha, toda esa fraseología insulsa, que recuerda á cierto escritor *galano*, es debida á un ensueño.

Es copia fiel del original.

CACASENO.

CRÓNICA

¡Gracias á Dios! — Por fin vemos confirmada alguna de nuestras noticias.

La Capital aparecerá hoy, si señores hoy. Nos alegramos.

Gloria in excelso Deí — Se anuncia la aparición de un órgano puramente católico para el 1.º del mes entrante.

Saldrá por la imprenta Central, que parece que hoy ha reconcentrado en sí todo el *trabajo*.

¿Si fuera cierto? — Se nos dice que el señor don Eustaquio Tomé, tiene en nuestra aduana, esperando su pronto despacho, una gran imprenta por donde editará un periódico de la mañana.

El nombre que ostentará esta nueva hoja de publicidad será el de *La Constitución* y según se murmura, abrogará por la causa del nacionalismo.

Que sea una verdad esta noticia, nos congratularemos.

De Buenos Aires — Desconsoladoras son las noticias que nos transmiten nuestros activos é inteligentes corresponsales.

Como para lágrimas y sinsabores tenemos bastante con los que nos sucede en casa, los suprimimos por *inoficiosos*.

Nueva resurrección — Apesar de que las *liberales* niegan la resurrección del fundador de la religión cristiana, parece que va á repetirse el *milagro* — léase esto en sentido figurado.

La Tradición volverá á ver la luz pública.

Nosotros á fuer de verídicos, diremos á este respecto un dicho muy vulgar:

Te descunfio.

Eureka! — Según informes que se nos han dado, los trabajos que se han iniciado para efectuar el paseo campestre tipográfico el día 22 de Mayo, siguen muy adelante.

Nos dicen que en la próxima reunión que tengan los iniciadores, se procederá á la elección de la Comisión Directiva, que será la facultada para iniciar todos los trabajos que le den esplendor y brillo á la proyectada fiesta.

Como ya hemos anunciado las cartas de entrada sólo costarán 50 centésimos, pues sólo se trata de una media *tenida*, igual á la que tuvo lugar cuando se disolvió la Sociedad Cooperativa.

Adelante!

Nueva tipografía — El inteligente tipógrafo P. Tonini, ha abierto al público bonaerense con el título de « Tipografía Elba-viriana », un nuevo taller en la república vecina.

Que los vientos de progreso y prosperidad soplen siempre para el nuevo compañero, convertido hoy en propietario.